

# Relaciones culturales entre Francia y Colombia

Escribe: M. J. VICINGUERRA

¿Cuáles fueron las estructuras aparentes o escondidas, la originalidad de la cultura colombiana? ¿Cómo y por qué recibió en determinados momentos la influencia de la cultura francesa? ¿Se ha interrumpido el diálogo cultural entre Francia y Colombia, alimentado por diversas voces? ¿Con qué profundidad, de acento se proseguirá mañana? Tal es la reflexión esencial que quisiera adelantar con ustedes, queridos amigos colombianos y franceses.

Sin abrir el debate entre naturaleza y cultura, me parece sin embargo oportuno definir, ante todo, la cultura, como el conjunto de los medios intelectuales y técnicos que permiten a la persona, a una colectividad, a un pueblo, a una nación, en un momento dado de su historia, afrontar y resolver las fatalidades diversas, los problemas particulares planteados por la geografía, el clima y las condiciones económicas y sociales que le son propios.

La cultura colombiana es aquella, que sus estructuras humanas, raciales, sociales, geográficas y económicas, le han forjado. Si la palabra civilización abarca el conjunto de los sentidos incluidos en la palabra cultura, se puede decir que la civilización colombiana, la de ayer o la que se encuentra en proceso hoy día, es el compuesto de culturas diversas e incluso de oposiciones culturales extremadamente vivas.

Una de sus primeras características es la de haber sido una cultura colonial. La conquista española fue una gesta religiosa y cultural tanto como militar y económica. No obstante, el fasto de ciertas apariencias, la colonización española no revistió el carácter de una empresa del Renacimiento. Fue más bien de tipo medioeval, y esto se explica por el hecho de que España, diferentemente de Francia, no rompió nunca violentamente con la Edad Media. Mejor aún, las distancias han subrayado esta austera realidad y conservará como única imagen, el desarrollo de un teatro misionero, mientras que en España ya se encontraba secularizado.

España no debía dejar, como en todas sus colonias, de difundir las obras de su literatura. Así es como, a título de ejemplo, que una buena

parte de la primera edición de *Don Quijote*, partió para las Américas en 1605. Por diversas razones Colombia ha sido uno de los países latinoamericanos más marcados por España.

Las culturas indígenas no han desempeñado aquí ningún papel privilegiado en la elaboración de la cultura nacional. Una pluralidad de microculturas indígenas, nada análogo a esas civilizaciones totalitarias que constituyeron los aztecas en México o los incas en el Perú; eso es lo que encontraron los españoles al llegar a Colombia.

Por fin, la inmigración, a lo inverso de lo sucedido en Chile o en Argentina por ejemplo, habiendo sido esencialmente española, es fácil entender que la cultura de este país se haya reclamado como esencialmente hispánica. Así es como la influencia francesa en sus principios no podía hacerse sentir sino a través de la cultura hispánica. Se dirigió pues a una sensibilidad y a un espíritu profundamente informados por España.

Esta cultura, en su aurora, se encarnó en un tipo de hombre que aun cuando humanista, permanecía medioeval. Tal ese conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Santa Fe de Bogotá: hombre de guerra y de pluma, historiador elegante, quien debía ser el primero de esta larga sucesión de hombres de Estado y de guerra, tan buenos juristas como delicados poetas. Desde los albores de la colonización, los guerreros y los santos fundan una cultura que seguirá siendo la del derecho, de la religión y de la poesía reunidos.

La transplatación de la cultura española a una tierra tan lejana y finalmente el aislamiento debido a una excepcional compartimentación geográfica debían explicar, con la multiplicidad de los focos de cultura, su provincialismo y su constante desactualización con relación a la cultura francesa que no podía ejercerse en Colombia sino pasando por la etapa española. Dicho esto, la aceleración de la historia acortará progresivamente la separación entre el suceso cultural francés y su eco en Colombia.

Sin embargo, incluso antes de la guerra de la independencia y sin hablar de la publicación por Nariño, en 1794 de la *Declaración de los derechos del hombre*, el letargo de la colonia española se vio sacudido por expediciones científicas en las que tomaron parte franceses, expediciones cuyas consecuencias en el desarrollo del espíritu crítico y científico en Colombia fueron incalculables.

Si bien es cierto que el viaje de "La condamine" no interesó sino marginalmente a Colombia, el que realizó Alejandro de Humboldt acompañado del francés Bonpland, tuvo una inmensa repercusión. En 1801, los dos sabios llegaron a Santa Fe de Bogotá, como descubridores de horizontes, heraldos de la ciencia occidental.

Así Francia permanece asociada a finales del siglo XVIII a una evolución de los espíritus hacia más realismo científico.

Finalmente, siempre a través de España y particularmente de la obra de un Feijoo y Montenegro, que debía marcar la formación de hombres como Mutis, Caldas y Nariño, la influencia de los autores de la *Ilustración y de la enciclopedia* debía hacerse sentir durablemente en Colombia.

El carácter ambigüo de la cultura francesa que ilustra en el siglo XVIII un Rousseau, aquel carácter dramático de una cultura que siempre en cierta forma ha proclamado el orden y la revolución, la tradición y el cambio, ese carácter, repito, debía acordarse, por largo tiempo, con el de una cultura colombiana en constante tensión. La conciencia cultural colombiana no ha cesado jamás en efecto de verse repartida entre una voluntad de orden y una aspiración al cambio, al oponerse la dinámica de las transformaciones, lentas pero seguras, de una economía y de la ideología de las nuevas clases a la estática de cierto orden social, el de los notables.

Sin embargo, parece que la influencia de Juan Jacobo Rousseau haya sido la más profunda y tenaz. La crítica de la razón en aquel razonador, la valorización de la sensibilidad y la invención de la idea de la felicidad ejercieron su atracción sobre los caracteres individualistas y sensibles de los jóvenes intelectuales de la época. Su filosofía política, el concepto del contrato social, pacto destinado a constituir una entidad moral, una persona pública y colectiva que Rousseau llama la voluntad general, debía inspirar vigorosamente el pensamiento de Nariño. Les ruego referirse a las tan discutidas y apasionantes páginas del historiador Indalecio Liévano Aguirre en su obra *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*.

En el momento en que se planteaba con la independencia el asunto de una elección cultural entre la elaboración de una cultura original o bien, el sencillo atesorar de la herencia hispánica (religiosa, moral y literaria), la conciencia colombiana constituyó dramáticamente el sitio de un combate espiritual e intelectual cuyo desenlace constituiría nada menos que su supervivencia, sin metamorfosis o su muerte. La cultura francesa debía participar en este esencial debate.

A través de la universidad de Salamanca, puerta de entrada a España de todas las inquietudes de origen francés, toda una corriente de ideas venida de Montpellier y de París, vio la luz en Colombia por intermedio de los exilados políticos, palomas mensajeras de la inteligencia.

La filosofía de Condillac, el materialismo doctrinario de Cabanis, las especulaciones de un Tracy traducido por Juan Justo García en 1821 debían reducir a los espíritus e instaurar uno de los debates intelectuales más importantes en Colombia.

El sensualismo francés que a su vez encontraba su origen en el empirismo inglés cuyo mayor representante fue David Hume, debía, con Destutt de Tracy, recibir en el clima universitario anticlerical e irreligioso de la época, la más favorable acogida.

A dicho movimiento de ideas francesas, se opuso con todo el vigor de su temperamento combativo, Miguel Antonio Caro, depositario de la tradición católica y fiero defensor de la integridad hispánica.

Ante el consejo de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, en su célebre *Informe sobre los elementos de teología de Tracy*,

el poder espiritual del conservatismo colombiano criticó, el 30 de septiembre de 1870, sistemáticamente una filosofía que deseaba supeditar el pensamiento a la sensación.

A la inversa de un Juan Bautista Alberdi, héroe argentino de la desespañolización de la América, Miguel Antonio Caro quiso resolver en provecho de la tradición integrista, tomista y española los desgarramientos de la conciencia colombiana.

Tal conflicto que puede resumirse, como un antagonismo entre religión y ciencia, había sido particularmente dividido por Caldas y todos los espíritus religiosos marcados por la lectura de los autores de la enciclopedia.

Sin embargo, debemos observar que si la filosofía sensualista francesa fue batida en brecha, por Caro, lo fue con otras armas de la filosofía francesa. No sabríamos en efecto, subestimar la importancia sobre el pensamiento de Caro, de la influencia cartesiana, por una parte, y de la filosofía política de Joseph de Maistre, de Louis de Bonald, por otra.

Otra solución romántica al conflicto entre tradición y libertad, fue la consistente en armonizar los valores católicos y las ideas de progreso. Nuevamente aquí, la influencia cultural francesa fue valiosa y determinante, más particularmente la de Chateaubriand, Saint Simon y Lammenais.

La influencia de los Sansimonianos, aquel gusto por la conciliación entre el socialismo y el cristianismo inspiraron la obra de un utopista colombiano Miguel María Madieto, quien colocó su reflexión bajo el epígrafe de Prudhon "en el fondo de toda verdad social, hay una verdad teológica". Las ideas de Bastiat, Rousseau, Ballanch, de Prudhon, de Saint Simon fueron fundidas en una síntesis en la que concordaban cristianismo y progreso. Finalmente, hacia los años de 1870, la influencia cultural francesa se ejerció a través del positivismo que desempeñó el papel asumido anteriormente por la filosofía de Tracy.

Si Augusto Conte, tuvo, aquí, menos audiencia que en el Brasil, México o en Argentina, se vuelve a encontrar sin embargo la huella de su pensamiento en la proyectada obra de José Eusebio Caro, *La ciencia social* en donde por primera vez aparece con el nombre de Augusto Conte, la ambición de fundar una ciencia social, síntesis de todos los conocimientos.

La conciencia colombiana, juzgada por utilitarismo, debía encontrar ciertos apaciguamientos en la concepción de una posible armonía entre la ciencia y la religión.

Esta filosofía fue enseñada en el Externado de Bogotá en síntesis magníficamente establecida por Thomas Eastman e Ignacio Espinosa.

No insistiré sobre las polémicas suscitadas por esta filosofía y sobre el papel desempeñado por Rafael Núñez más inspirado por cierto en las filosofías inglesas, pero creo, debe retener, como un hecho de importancia la crítica del positivismo por Marco Fidel Suárez en su conferencia pro-

nunciada en 1893 en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en donde alrededor de Monseñor Rafael María Carrasquilla se desarrolló un movimiento neo-tomista.

Así, una vez más la filosofía francesa era combatida por una de las magnas personalidades de la literatura y de la filosofía colombiana.

Los mismos valores de sensibilidad, de inteligencia y de espíritu tradicionalistas, incluso al tomar formas audaces y brillantes, debían encontrarse de nuevo en la influencia que ejercieron no solo a fines del siglo XIX sino también en la primera mitad del siglo XX escritores como Renán, Taine, más particularmente *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Paul Bourget, sobre todo *El discípulo*, Barrés, *Los desarraigados* y Charles Maurras, *Antinea*. Estos escritores de estetismo ferviente, egotistas y conservadores, sensibles y sin embargo teóricos de la lucidez, debían ejercer una influencia poderosa sobre la novela colombiana de un Angel Cuervo *Dick* o la obra de José María Rivas Groot *Resurrección*. Inspiraron también lo mejor del pensamiento de un Silvio Villegas.

La filosofía del enraizamiento y del lazo místico entre arte y patria, de un Barrés, debía influir al grupo de los "Leopardos".

Silvio Villegas en aquellos célebres *Ejercicios espirituales* bajo el signo exaltante de las ciudades cuya espiga es un alma, Popayán y Tunja, evoca a Taine, Barrés, Maurras, Renán.

Así, parecen ser los pensadores tradicionalistas franceses, brillantes escritores de ideas engalanadas por los prestigios de un estilo cuyo rigor no excluía los encantos melancólicos del romanticismo, quienes hayan gozado aquí de la más durable influencia.

Y es allí, a nuestro parecer, en donde reside el secreto de la doble y paradójica influencia del derecho y de la poesía francesa en Colombia.

Rafael Núñez reconoció la importancia de la influencia de las ideas francesas sobre esta constitución colombiana, cuyo padre fue Miguel Antonio Caro; ¿No resumía admirablemente el título tercero de *Los derechos del hombre* que Nariño había dado a conocer a los colombianos? La reforma de 1936 que daba un contenido real a esos derechos aun teóricos fue también elaborada dentro de un espíritu francés e inspirada por el tradicionalista positivista Duguit.

El derecho civil colombiano ha recibido todavía más directamente la influencia del derecho francés. Ya fuertemente marcado por el código chileno que Andrés Bello había elaborado con base en el código de Napoleón, su reforma en 1937 fue confiada a una comisión presidida por Julliot de la Morandière.

Feliz y sólida síntesis de las ideas romanas, de las concepciones metafísicas de la revolución, pensado de nuevo por Napoleón según las reglas de un genial sentido común, el derecho francés no podía dejar de complacer a los colombianos incluso a aquellos que habían sido formados por el pragmatismo anglosajón.

Pero allí en donde el acuerdo fue más profundo, más íntimo, más fraternal, fue en aquellos cantos alternados en donde la voz de Colombia, por medio de sus innumerables poetas no ha dejado de responder a las vibraciones sonoras de la "Dulce Francia": las grandes voces de la poesía francesa repercutidas de Bogotá a Cali, de Cali a Popayán, escuchadas religiosamente en aquellas capillas provincianas en donde el fervor solo es igualado por el rico silencio...

La obra maestra que abrió a la sensibilidad francesa y europea el nuevo mundo, *La Atala* de Chateaubriand debía encontrar 66 años más tarde en *La María* de Jorge Isaacs un eco tan genialmente doloroso tanto en la ternura como en la melancolía.

Cuando Efraín lee a *María Atala*, Jorge Isaacs no se contenta con revelar en esta forma la fuente de su inspiración, sino que vincula por un siglo, dos sensibilidades, la francesa y la colombiana, la de Paul y Virginia, de Graciela, de Rafael y la de los *Nocturnos* de José Asunción Silva.

Basta con abrir las obras de un Víctor M. Londoño, de un Valencia, de un Eduardo Castillo, para ser sorprendido, por el número de traducciones de poetas franceses amorosamente, religiosamente, maravillosamente vertidos a la lengua castellana.

Como lo escribía el poeta de *La canción de la vida profunda*, Porfirio Barba Jacob: "Dejé correr para mí, a Francia a través de innumerables traducciones". El Divino Rubén Darío, el amigo de Rafael Núñez, tan colombiano como nicaragüense y por universal, al amplificar este amor en versos célebres, cantó a Francia, ramillete del Angel De Reims, la Francia en donde América Latina se siente íntimamente en su propia casa "Más que a la Grecia de los griegos, amo a la Grecia de Francia".

La influencia de los *Nourritures terrestres* de Gide, de Saint Pol Roux, y de un Proust para quien la sicología no es sino sutil medio para alcanzar la poesía, debía hacerse recibir en la obra de un Jaime Ardila Casamitjana *Babel* (1943) —novela— poema de inflexiones modernas.

De los numerosos colombianos que compusieron en francés, tan solo quisiera retener la figura de Hernando de Bengoechea "Hombre maravilloso en el sentido que las hadas, los niños, y los noctámbulos de la Noche Buena, conceden a esa palabra", según su gran amigo León Paul Fargue, Hernando de Bengoechea quien fue maestro en el frente en 1915 y quien nos dejó un ensayo: *La sonrisa de la isla de Francia* y un volumen de poemas.

Si Colombia, con mal de amor y de conciencia, se ha dirigido a nuestros filósofos, nuestros poetas, nuestros juristas, ¿debemos acaso creer que Francia haya desviado los ojos de esta adolescente e inquieta?

En contra de una idea desafortunadamente muy difundida, los franceses se han interesado activamente en Colombia. ¿No debemos acaso en primer término considerar la acción como una forma de cultura...?

Un verdadero panteón podría erigirse con la corte de jóvenes héroes franceses de la independencia colombiana: Bailly, amigo y consejero de Nariño, Sasmayou, Labatut, Girardot, Bobin, Serviez, Châtillón, Ducayla, Perú de la Croix, De Rieux y muchos otros que participaron en la guerra de la independencia.

Geógrafos, agrónomos, naturalistas, etnólogos como Dieudonné de Boussingault, Désiré Roulin, Elysée Reclus, Paul Rivet, recorrieron el país, dibujaron sus mapas, inventariaron sus riquezas.

Finalmente, en el plano literario, Colombia no ha dejado de inspirar a algunos de nuestros escritores en forma sutil, por ejemplo, la célebre obra de Valéry Larbaud, *Fermina Márquez*, la novela de la adolescencia, una manera de *Grand Maulner* cuyos encantadores héroes son colombianos.

Así, tanto en el plano filosófico, jurídico, científico como literario, la cultura francesa, la lengua francesa no han dejado de nutrir la cultura de este país, de enriquecer su sensibilidad, de proponer una ética, un método, senderos a todo lo largo de este difícil debate que ha sido el de una conciencia nacional en busca de su cimentación a través de las crisis frecuentemente dolorosas.

Hoy más que nunca, en el momento en que Colombia se ve sometida a otras influencias culturales, en el momento en que la gran sombra del águila soberbia, como diría Rubén Darío, planea sobre el continente latinoamericano hoy más que nunca me parece necesario que se imponga el diálogo cultural franco-colombiano, hoy más que nunca me parece más bello y útil en el cielo de Colombia, el canto de la alondra francesa.

En su riqueza y diversidad, nuestra cultura francesa nutrida por culturas griega, latina, española, italiana, alemana e inglesa, nuestra cultura supremamente occidental, animada por una constante preocupación por el sentido del hombre en la historia, preocupada por la moral, siempre tan inquieta por el futuro, por la metamorfosis y por lo eterno, hoy más que nunca me parece necesario que esta cultura sostenga un diálogo cultural con la cultura colombiana.

En el momento en que Colombia integra definitivamente sus razas y sus culturas que hasta ahora no habían sido sino folclor, en el momento en que Colombia toma conciencia de todos sus problemas y de la necesidad para ella de ajustar esta conciencia a las necesidades del desarrollo industrial e intelectual de sus pueblos y de encontrar su punto de equilibrio, no consideran ustedes que una cultura como la nuestra, la propuesta por nuestros filósofos, etnólogos, sociólogos, economistas, ¿pueda fraternalmente secundar una empresa nacional de tal envergadura?